

# ESCUELA DEL PERDON

## CONTENIDO

Importancia de perdonar  
Perdonar es actuar como Jesús  
Perdonar es orar como Jesús  
Recibir y dar perdón  
¿Quién debe pedir perdón?  
Perdonar antes del atardecer  
La medida del perdón  
A quiénes perdonar  
Perdonar es un proceso  
Perdonar es sanar  
Perdonar es vencer

PERDONAR es una exigencia fundamental de Jesucristo a sus discípulos. El catecismo del Concilio de Trento dice que "perdonar y condonar las injurias recibidas es el deber mas alto y lleno de caridad en que debemos ejercitarnos", y San Agustín afirma que el tema de predicación más provechoso para los cristianos es el de perdonar a los enemigos (In Ps. 118, 7.9.4).

Los hombres nos herimos unos a otros frecuentemente, de palabra o de hecho con preguntas impertinentes y respuestas bruscas, con acciones descorteses y regaños injustos, con mentiras, chismes, calumnias y juicios equivocados, con robos y hurtos, con desobediencias e irrespetos, con golpes, abusos y violencias, con engaños e infidelidades. con malos ejemplos e incitación al mal, y con muchísimas otras acciones y actitudes.

Es fácil ofender a los demás, aún sin quererlo. Pero en ocasiones las ofensas al prójimo se realizan conscientemente, y entonces pueden alcanzar mucha gravedad, pues, como dijo el Papa Pío XII:

"Ningún terremoto, ninguna carestía, ninguna epidemia, ninguna calamidad originada por las fuerzas de la naturaleza, puede parangonarse al incontable número de sufrimientos que el hombre, dominado por el odio, aporta a sus hermanos".

Los ultrajes que los hombres se causan suelen dejar huellas perdurables. Como cuando chocan dos vehículos, el golpe los deja marcados o los estropea por completo, de modo que en ocasiones no siguen sirviendo, así los hombres que se han ofendido, quedan marcados por la ira, el rencor, la enemistad o el deseo de venganza, pierden la calma y pueden llegar a enfermarse física, síquica y espiritualmente.

A los vehículos colisionados hay que llevarlos a reparar. También a los hombres hay que sanarlos cuando han sido heridos en su cuerpo o en su espíritu. Para sanar los espíritus hay un remedio excelente y es el PERDON. Pero hay enfermos que no desean aliviarse, hay heridos que no quieren usar la medicina que se les ofrece. Ni perdonan, ni piden perdón. Enfermos así, realmente están mal. Necesitan un buen diagnóstico que les ayude a reconocer su dificultad.

A veces no se pide perdón, ni se le concede por soberbia. Consideran los orgullosos que acercarse al enemigo y hablarle es insoportable humillación. Una manifestación del orgullo es la testarudez de quien cree que no debe cambiar de actitud y que cuanto decidió en un momento de ira o mal humor ha de permanecer para siempre.

Los vengativos tampoco quieren perdonar. Amargados con el recuerdo de lo sucedido, planean el desquite. Hurgan permanentemente la herida, como lo hace el enfermo cuando quita la costra que se le ha formado sobre su llaga. Así es imposible sanar.

Tampoco a los egoístas les gusta perdonar, porque están centrados en sí mismos y despreocupados de los otros. Ya no se preocupan por el que salió del círculo de su amistad, parece que hubiera muerto. Por eso tratan de olvidarlo, de ignorarlo por completo, como si no existiera. No le dirigen más la palabra y se niegan a prestarle cualquier servicio: Es la venganza por omisión.

Cuando se cultiva una enemistad el amor muere como cuando la maleza se apodera de un huerto e impide que las buenas plantas puedan crecer. El amor que sana las heridas del alma no florece sino donde se cultivan la humildad, la paciencia, el desprendimiento, la generosidad y el olvido de los agravios.

Son tantas las cualidades que se deben ejercitar al perdonar las injurias, que los antiguos decían que el perdón era una cualidad propia de los reyes. Por ejemplo el gran orador Marco Tulio Cicerón escribió que Julio César, el amo de Roma, no solía olvidar ninguna cosa, salvo las injurias. El escritor francés Víctor Hugo, en uno de sus dramas, finge un diálogo entre dos emperadores, Carlomagno y Carlos V, y hace que éste le pregunte a aquél pidiéndole consejo: "¿Por dónde empezaré?" y Carlomagno le responde: "Por la clemencia".

Cuando Luis XII ascendió al trono de Francia hizo elaborar una lista de sus enemigos, y frente a cada nombre trazó una cruz, para recordar que debía perdonarles como lo hizo Jesús cuando murió en el madero.

Es lo mismo que describe el poeta Lichtwer, quien cuenta que un rey mandó a sus tres hijos a realizar una hazaña, y les prometió premiar la de mayor valor. El galardón lo obtuvo el hijo menor que encontró a un enemigo suyo, dormido al borde de un abismo, y en vez de despeñarlo, lo protegió en su descanso. Se parece ese episodio al que vivió el rey David en la cueva de Engadí, cuando perdonó la vida a su perseguidor el rey Saúl, que inadvertidamente se había puesto al alcance de su espada (1 Sam 24).

El perdón de David. David era un muchacho escogido por Dios para gobernar a su pueblo. Samuel lo ungió derramando aceite sobre su cabeza, y el rey Saúl lo admitió en su corte y se deleitaba oyéndole tocar la cítara.

David era valiente. Una vez, armado sólo con una honda, enfrentó a Goliat, quien venía armado de espada, lanza y jabalina, y acompañado de un escudero. El muchacho venció al soldado y la gente cantaba: "Saúl mató a mil y David diez mil". Entonces el Rey Saúl le cobró envidia a David y comenzó a perseguirle y querer matarle, y llegó a dar muerte a quienes ayudaban al fugitivo.

Un día, el rey Saúl con su ejército de tres mil hombres fue al desierto de Engadí, para apresar a David. "Llegó al roquedal de Yeelim, a unos rediles de ganado junto al camino; había allí una cueva y Saúl entró en ella para sus necesidades. David y sus hombres estaban instalados en el fondo de la cueva. Los hombres de David le dijeron: "Mira este es el día que Yahvéh te anunció: Yo pongo a tu enemigo en tus manos, haz de él lo que te plazca. Levantóse David y silenciosamente cortó la punta del manto de Saúl, y dijo a sus hombres: "Yahvéh me libre de hacer tal cosa a mi señor y de alzar mi mano contra él, porque es él ungido de Yahvéh. David habló con energía a sus hombres para que no se lanzasen contra Saúl".

"Saúl salió de la cueva y continuó su camino, tras lo cual se levantó David, salió de la cueva y gritó detrás de Saúl: " ¡Oh rey, mi señor! Volvió Saúl la vista, e inclinándose David rostro en tierra, se postró ante él, y dijo David a Saúl. Por qué escuchas a las gentes que te dicen: ¿David busca tu ruina? Hoy mismo han visto tus ojos que Yahvéh te ha puesto en mis manos en la cueva, pero no he querido matarte, te he perdonado, pues me he dicho: No alzaré mi mano contra mi señor, pues es él ungido de Yahvéh. Mira, padre mío, la punta de tu manto en mi mano; si he cortado la punta de tu manto y no te he matado, reconoce y mira que no hay en mi camino de maldad, ni crimen ni pecado contra ti, mientras que tú me pones insidias para quitarme la vida. Que juzgue Yahvéh entre los dos y que Yahvéh me vengue de ti, pero mi mano no te tocará". (1Sam 24,3-13) Y cuando Saúl en el campo de batalla fue rematado por un amalecita, David hizo dar muerte a éste, lloró al rey difundo y cantó en su memoria una bella elegía. (2Sam 1,1-27), y luego castigó también a los asesinos de Isbaal, hijo de Saúl. (2 Sam 4, 1-12)

**PERDONAR ES ACTUAR COMO JESUS.** Los cristianos deben parecerse a Jesucristo, ser como Jesús, obrar como El, tener sus sentimientos, dejar que sea el Señor Jesús quien viva por la fe en sus corazones.

Las palabras que el Señor dijo, con motivo del lavatorio de los pies, "os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis, como yo he hecho" (Jn 13,15), pueden aplicarse a todas las circunstancias de la vida de los cristianos, y de modo especial a la actitud de perdonar. Es lo que San Pablo nos propone de insistente manera:

"Sed buenos entre vosotros, entrañables, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo" (Ef 4,32).

"Soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros". (Col 3,13)

Con su vida, Jesús nos enseñó a perdonar las ofensas, con su muerte El perdonó por completo nuestras culpas, con su resurrección nos restauró en la situación de amistad con Dios que por nuestro pecado habíamos perdido. Por eso los discípulos suyos debemos también perdonar y convertirnos en amigos de nuestros enemigos, no sólo por amor a ellos, sino, ante todo, por amor a El.

El orador Dagano Cicerón afirmaba "no hay cosa que haga al hombre más semejante a Dios que el perdonar y dar la vida a los hombres". Esta enseñanza de un hombre que no conoció la revelación del amor, la deberíamos recibir y vivir los cristianos.

EL EJEMPLO DE JESUS. En cuatro momentos brilló con esplendor el perdón otorgado por Jesús.

El primero fue con ocasión de un viaje desde Galilea hacia Judea. Entre ambas regiones quedaba Samaria, cuya población no era afecta a los judíos.

Los discípulos entraron en una aldea samaritana para prepararle al Señor el hospedaje necesario, pero cuando los pobladores se dieron cuenta de que eran peregrinos judíos no los quisieron recibir.

Entonces dos de los discípulos, Santiago y Juan, quisieron vengar el agravio y le preguntaron a Jesús si debían ordenar que con fuego del cielo quedara reducida a cenizas esa aldea. Pero Jesús les reprochó su actitud y les recordó que él no había venido a condenar sino a salvar a la gente.

Eso nos lo cuenta el evangelista Lucas en el capítulo noveno de su evangelio (9,51-56), y como para demostrar que el perdón era total, en el capítulo siguiente transcribe la parábola del Buen Samaritano (10, 25-37) y más adelante habla de un leproso samaritano que reconoció a Jesús como Señor y lo adoró (17, 11-19). San Juan reproduce el diálogo de Jesús con una mujer samaritana, a la que perdona su actitud insolente que rehusa darle de beber y la convierte en mensajera de su evangelio (Jn 4,3-43), y también nos dice que los judíos insultaban a Cristo diciendo que era samaritano (Jn 8,48).

El segundo episodio del perdón que otorgó el Señor sucedió al principiar la pasión. Cristo había recomendado a sus discípulos que estuviesen apercebidos para la prueba. Entre las comparaciones que había usado estaba esta: "el que no tiene espada, que venda su capa y compre una". Los discípulos, tomando a la letra la palabra del Señor, le respondieron: "aquí hay dos espadas", pero El cortó la conversación (Lc 22,36-38).

Cuando llegó el momento en que los soldados iban a aprehender a Jesús, preguntaron los discípulos: "¿heriremos a espada?", y Pedro agrediendo a uno de los siervos del Sumo Sacerdote le cortó la oreja derecha. El herido se llamaba Malco (Jn 18, 10), y era pariente del criado de Anás, que reconoció a Pedro la noche de la prisión de Cristo. Al ver herido a Malco, Jesús, en vez de vengarse, le tocó la oreja y lo sanó (Lc 22,51).

El tercero fue con motivo de la negación de Pedro. Esta negación había sido prevista por el Maestro, y vaticinada al apóstol a pesar de sus vehemencias protestas. Llegado el momento anunciado el apóstol se empeñó en decir: "No conozco a ese hombre, nada tengo que ver con él". Era como si dijese: ese hombre murió para mí, su amistad me deshonoró, preferiría no haberlo encontrado en el camino de mi vida.

Jesús, que estaba preso, debió sentirse abandonado, despreciado por aquél hombre a quien había dicho un día: "Sobre tí edificaré mi Iglesia". Sin embargo nada le dijo. Solamente lo miró. Pero esa mirada debió ir cargada de tanto amor y de tanto perdón, que provocó una respuesta de lágrimas. Eran los ojos de Cristo hablando con los ojos de Pedro.

Después de la resurrección Jesús no hizo reproches a Pedro. Sólo le preguntó por tres veces si lo amaba. Era un baño de amor para curar las heridas de la traición. De seguro que si hubiera encontrado amor y no desesperó, también a Judas lo hubiera sanado Cristo con su perdón.

El cuarto episodio en donde Jesús perdonó a quienes lo ultrajaron fue durante la agonía en la cruz, cuando exclamó: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 24).

Cuando Jesús estuvo ante Pilatos había dicho que quienes lo habían entregado a las autoridades romanas tenían peor pecado que éstas (Jn 19, 11), pero ya en la cruz quiere exonerar a sus acusadores y a sus verdugos de toda culpa; casi que los declara inocentes.

Esta oración perdonadora de Jesús es tan maravillosa que, varios siglos antes de que se profiriera, ya Dios la había revelado en uno de los poemas del profeta Isaías, que dice:

"Indefenso se entregó a la muerte y con rebeldes fue contado. Llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes" (Is 53, 12).

La tradición cristiana recordó siempre con admiración esas palabras del Maestro.

San Pedro, al predicar en Jerusalén, dijo "ya se yo, hermanos, que obrásteis por ignorancia" (Hech 3, 17). San Pablo, anunciando el Evangelio en Antioquía de Pisidia, exclamó: "Los habitantes de Jerusalén y sus jefes cumplieron, sin saberlo, las escrituras... y sin hallar en El ningún motivo de muerte pidieron a Pilatos que lo hiciera morir" (Hech 13, 27-28) y el mismo apóstol escribió a sus discípulos de Corinto estas palabras: "de haber conocido la sabiduría de Dios, no hubieran crucificado al Señor de la Gloria" (1 Cor 2, 8).

### ***EL PERDON Y EL AMOR***

Esa declaración de inocencia para quienes atentaron contra la vida de Jesús y el perdón que éste dio sólo se explican por el amor grande de Cristo por los hombres.

Romano Guardini decía que "el perdón es el amor cuando se encuentra con la culpa". En realidad, para poder perdonar se necesita saber amar.

Una vez a una mujer rencorosa que afirmaba, para justificar sus resentimientos: "yo no puedo perdonar sino a los que amo", alguien le respondió: "entonces ame a todo el mundo, como manda Jesús". En realidad, los cristianos debemos amar a todos los hombres, y si excluimos a uno solo de nuestro amor, es señal de que no tenemos el Espíritu Santo. Debemos amar a todos sin excepción, porque todos los hombres son hermanos nuestros, hijos del mismo Padre, llamados al mismo destino y escogidos, como nosotros, para ser sacramento de la presencia de Jesús. Si aprendemos a amar, aprendemos a perdonar, porque "el amor no toma en cuenta el mal" (1 Cor 13, 5).

A veces costará tanto dar el perdón que quien lo otorga creará quebrantar algo íntimo de su ser. Eso es cierto. El que ama debe morir a sí mismo, para que vivan los demás. El que perdona debe también morir a su orgullo, a su rencor, a su obstinación, lo que no siempre será fácil, por el contrario, con frecuencia será un morir en el dolor. Será como el morir de Cristo que parecía querer atarse de sufrimiento, pero que lograba perdonar. Será como el morir de Esteban, que se doblegaba bajo los golpes de las piedras mientras decía: Señor, no les tengas en cuenta este pecado" (Hech 7, 60).

Esa es la oración que puede decir todo cristiano, diariamente, al morir a su orgullo, a su ira, a su egoísmo, y también la que puede decir al pasar de este mundo al Padre:

Señor, me entrego a ti, me pongo en tus manos. Me duele tanto superar mis puntos de vista y mi orgullo; me lastiman los actos y palabras de quienes han sido injustos conmigo, pero quiero asemejarme a ti, y hacer morir en mí los vicios y concupiscencias, quiero participar de tu pasión y de tu muerte. Quienes me han hecho sufrir no sabían lo que hacían. No los culpo, los declaro inocentes de cuanto hicieron, los perdono de todo corazón; quiero olvidar cuanto a causa de ellos he vivido, no porque ellos así lo merezcan, sino porque tú, Cristo crucificado, lo mereciste para ellos y para mí. AMEN.

### ***El perdón de Esteban***

Esteban fue un hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, de gracia y de poder, y realizador de signos y señales. (Hech 5,5-8) Como sus enemigos, que eran los de Cristo, no podían resistir a su sabiduría y al Espíritu con que hablaba sobornaron acusadores que le hicieron apresarse. Esteban se defendió ampliamente ante el Sanedrín, pero al oírlo los sanedritas se consumían de rabia y rechinaban sus dientes contra él. Y luego, cuando le escucharon proclamar que Jesús estaba a la derecha de Dios, le echaron fuera de la ciudad y empezaron a apedrearle. (Hech 7, 54,58)

Para lanzar las piedras con mayor vigor los verdugos se despojaron de sus vestidos y los colocaron a los pies de un joven llamado Saulo, que aprobaba esa muerte. (Hech 7,58; 8,1)

Esteban, con una muerte parecida a la de Cristo, puesto de rodillas, oraba diciendo:

"Señor, no les tengan en cuenta este pecado" (Hech 7,60)

San Agustín comenta así ese martirio: "¿Por qué se puso de rodillas? Porque sabía que estaba orando por criminales y cuanto peores eran ellos, tanto más difícil de ser escuchado. El Señor dijo, cuando pendía

de la cruz: Padre, perdónalos; Esteban, de rodillas bajo la lluvia de piedras: Señor, no les imputes este pecado. Como buena oveja siguió las huellas de su pastor; como buen cordero siguió al Cordero, cuya sangre quitó el pecado del mundo"... "Decía: Señor no les imputes este pecado. ¿Crees que Saulo escuchó estas palabras? Las escuchó pero se rió de ellas; y, sin embargo, caía dentro de la oración de Esteban. Todavía caminaba él a la muerte, pero ya estaba siendo escuchada la oración de Esteban por él"... "Saulo iba lleno de furor, como lobo al redil, a los rebaños del Señor, pero el Señor le dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Lobo, Lobo, ¿por qué me persigues al cordero? Despójate de tu ser de lobo, conviértete en oveja y luego en pastor".

Saulo fue el apóstol Pablo. La oración de Esteban le obtuvo perdón y que no se le imputaran sus pecados. Esteban perdonando de rodillas logró que el perseguidor se hiciera predicador.

Como Esteban había aprendido la lección que dio Jesús desde su cátedra de calvario, nos pudo enseñar que todo cristiano debe morir perdonando, que eso es posible, que no sólo lo hizo el Hijo de Dios sino un servidor de las mesas y de la palabra.

### ***PERDONAR ES ORAR COMO JESUS***

Jesús no sólo oró por sus verdugos mientras agonizaba, sino que durante su vida enseñó a sus discípulos a impregnar su oración con sentimientos de perdón.

En el Evangelio de San Mateo, en la plegaria del Padre Nuestro, leemos:

"Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores". (Mt 6,12) Inmediatamente después de la oración dominical, hallamos esta frase: "Sí vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre Celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre Celestial perdonará vuestras ofensas". (Mt 6,14-15)

Semejante es la enseñanza que transmite San Lucas, al recordar la oración del Padre Nuestro: "Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe". Más tarde reflexionaremos sobre el matiz que da cada evangelista al hablar de ofensas o de deudas.

Aunque San Marcos no transmite el texto del Padre Nuestro, sin embargo se hace eco de la misma enseñanza al afirmar:

"Cuando os pongáis de pie, para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestras ofensas". (Mc 11,25) En algunas Biblias se encuentra un versículo más, al llegar a esta parte, el 26 del Capítulo 11, que parece fue añadido por algunos copistas, y que reproduce la enseñanza de Mateo 6,16, arriba transcrita.

### ***LOS COMENTARIOS DE SAN AGUSTIN***

El texto del Padre Nuestro, y por lo tanto, la plegaria del perdón han sido frecuente y hermosamente comentados por los predicadores y catequistas. Quizá la más bella enseñanza al respecto es la que nos dejó San Agustín en muchos de sus sermones. Oigamos algunas enseñanzas de ese santo obispo, agrupándolas alrededor de cuatro o cinco ideas.

"Estas preces las ha dictado el jurisconsulto del cielo; no hay engaño en ellas. Toma sus mismas palabras al pedir. Di: perdónanos, como también nosotros perdonamos... y haz lo que dices". (Sermón 116)

Como se ve, San Agustín imagina un juicio en el cielo, en el que Jesús es nuestro abogado que nos está asesorando sobre lo que debemos decir. Pero si no hacemos caso de sus consejos acerca de cuanto debemos decir y realizar, ese abogado se torna en acusador:

"Si tú al orar mientes, la misma oración te descubre. Dios no tiene necesidad de testigos para convencerte. Quien te dictó las preces es tu abogado; si mientes, es tu testigo; si no te corriges, él será tu juez. Luego, dilo y hazlo. Si no lo dices no lo alcanzas; si lo dices y no lo haces, serás reo de mentira". (Sermón 116)

Ante la dificultad que a cada uno se le plantea de obedecer a la palabra revelada o de no hacerlo, el Santo de Hipona nos enseña:

"No hay por donde saltarse este evangelio... ¿Podríamos borrar con nuestra imaginación este versículo? O bien, dejarle donde está y borrar la frase "¿así como nosotros perdonamos a nuestros deudores?". No borres nada, para que no seas borrado tú... Si quieres recibir, da. Si quieres ser perdonado, perdona" (Sermón 116).

Para poder perdonar hay que despojarse de todo sentimiento de odio. San Agustín lo recuerda en su sermón 41:

"¿Vas a orar? Perdona, pues, con sinceridad. ¿Pleiteas con tu enemigo? pues pleitea primero contigo mismo y no odies tu propio corazón ni tu propia alma ¿Odias todavía? Pues dile a tu alma que no odie... ¿Tu alma no quiere perdonar y se turba porque le mandan que no odie? Contéstale: "¿por qué estás triste, alma y por qué me turbas? Espera en Dios".

Pero no basta evitar todo sentimiento de odio, hay que aprender a amar aún a los enemigos. Es lo que recuerda en otra ocasión San Agustín:

"Todos dicen: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Dios les contestará: ¿por qué pides que cumpla yo lo que prometí, si tú no cumples lo que mandé? ¿Qué prometí? ¿Perdonar vuestras deudas! ¿Qué mandé? ¿Que perdonarais a vuestros deudores y cómo podrás hacerlo si no amas a tu enemigo?

¿Qué haremos, pues, hermanos? Si solo pueden decir esas palabras los que aman a sus enemigos, no sé qué hacer ni qué decir.

¿Os diré que no recéis si no amáis a vuestros enemigos? No me atrevo. Es más, orad para que lleguéis a amar"

## **CUANDO NOS PERDONA DIOS**

Debemos perdonar primero nosotros y luego esperar el perdón de Dios, o por el contrario, es Dios quien perdona primero y nos da fuerzas para perdonar luego nosotros o quizá ¿son dos acciones que se realizan simultáneamente? No sabríamos responder con exactitud.

Los teólogos llaman perdón antecedente al que concede el hombre para que Dios lo perdone luego. Así lo indican muchos Padres de la Iglesia, como san Gregorio Niseno que nos invita a decirle a Dios: "Señor, haz lo que hice. Perdoné las deudas, no me las exijas Tú. No rechaces al suplicante, tampoco rechaces mi súplica. Mostré gran misericordia para con mi prójimo, imita Tú, Señor, la caridad de tu siervo".

Perdón consecuente es el que otorga el hombre cuando él ha sido ya absuelto por Dios. El Padre del Cielo se anticipa siempre a amarnos y perdonarnos, y el pecador debe decir: "Tú Señor, perdóname. Sólo así podré yo hacerlo ¡imitándote a Ti!, ya San Pablo nos dijo: "Sed buenos entre vosotros, perdonándonos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo" (Ef 4, 32).

El perdón concomitante sería el que sucedería cuando Dios y el hombre perdonan al tiempo.

Estas distinciones son ilustrativas para nosotros, pero poco nos dicen de lo que debe pasar en Dios que es un mar de amor y de perdón, y que quiere que nos hundamos en El y nos empapemos de sus sentimientos. Lo que interesa no es el momento sino el espíritu y la enseñanza que aprendimos de Jesús y que repetimos con tal frecuencia, que nunca podremos alegar ignorancia

### ***San Juan Gualberto***

De una alocución del Papa Pío XII (10 de julio 1940), a parejas de recién casados, tomamos los siguientes párrafos:

"En el calendario eclesiástico ocurre el 12 de julio, la fiesta de un gran santo italiano, Juan Gualberto, nacido en Florencia, de noble familia, hacia fin del siglo X, cuya historia muestra hasta qué punto puede llegar el perdón de las ofensas y cómo lo recompensa Dios. Caballero joven, armado totalmente y escoltado de soldados, caminaba él en los alrededores de la ciudad por un estrecho sendero, cuando se encontró de improviso con el asesino de un próximo y amado pariente suyo. Aquel, solo y sin armas, viéndose perdido, cae de rodillas y extiende los brazos en forma de cruz, esperando la muerte. Pero Juan, por respeto a aquel

signo sagrado le hizo gracia de la vida, lo levantó y lo dejó partir libremente. Después, prosiguiendo el camino, entró en la iglesia de San Miniato para orar, y vio entonces la imagen del crucificado inclinar la cabeza hacia él con un gesto de infinita ternura. Conmovido profundamente, resolvió no combatir más sino por Dios; con sus propias manos se cortó su hermosa cabellera y tomó el hábito monástico. Su victoria sobre sí mismo fue el preludio de una larga vida de santidad".

## ***RECIBIR Y DAR PERDON***

En el Evangelio de San Mateo (18, 23-35), hallamos una bella enseñanza de Jesús sobre el perdón. Es la parábola del "Siervo sin entrañas", también llamada de "Los Dos Deudores", que resumimos aquí:

Un Rey queriendo poner en orden sus cuentas, llamó a un criado suyo que le debía 10,000 talentos. El criado era insolvente, pero suplicó con humildad que se le tuviese paciencia, y el Rey, movido a compasión, le perdonó la deuda. A su vez a ese criado un compañero le debía 100 denarios, y ocurrió lo impensado: que quien acababa de obtener el perdón no se compadeció de su deudor, sino que le hizo llevar a la cárcel hasta que pagara su obligación.

Cuando el rey supo lo acaecido enrostró tal proceder a su criado y le hizo aprisionar.

La manera como San Mateo narra la parábola nos hace comprender lo fundamental del relato: que Dios es misericordioso y perdonador, y que los hombres debemos imitarle.

La parábola parece inverosímil y violenta: la deuda del criado es tan grande que es impagable. Si la fuéramos a expresar en el dinero nuestro actual, la equivalencia sería de dos mil millones de pesos, es decir, fuera del alcance de cualquier bolsillo. Por eso Jesús empleó el número mayor que usaban los hebreos y la moneda más valiosa.

Como el deudor era un criado, la imposibilidad de pagar era más aguda. Aún si hubiese sido de rica condición no hubiera podido nunca pagar su deuda. Se dice, por ejemplo, que el Rey Arquelao, a nombre de todo el país, pagaba 600 talentos de impuesto anual al Imperio Romano, pero la obligación de que habla la parábola es casi veinte veces mayor.

El criado, sin embargo no suplicó perdón, sino paciencia. Como si pidiera que le prolongaran esa situación sin salida, y no lo vendieran todavía a él, a su esposa e hijos y a sus bienes.

Las súplicas del criado conmovieron al Rey. La bondad y el perdón invadieron sus entrañas, y con la esponja de la misericordia borró los guarismos de la deuda. De modo que si la deuda era inmensa, también fue inmenso el perdón. Ese no es un proceder normal entre hombres pero como el Rey es símbolo de Dios, la parábola nos da a entender que Dios tiene entrañas como de madre (Mt 9, 36; 15, 32; 20, 34); El es un Dios perdonador para quien la medida del castigo es la medida del perdón.

## ***EL HOMBRE DESPIADADO***

El criado, recién perdonado, tenía a su vez un deudor. Este no le debía mucho, apenas 100 denarios, como quien dice dos o tres mil pesos devaluados, y a pesar de ello, cuando los dos hombres se encontraron, apercollando aquel a éste, le exigió que le cancelase su cuenta y al no lograrlo, lo hizo encarcelar. Tal conducta parece inverosímil, sin embargo suele reflejar lo que sucede entre los hombres, que llegamos a extremos impensados por causas baladías. ¿Quién hubiera podido advertirle a ese criado sin entrañas lo que dijo Juan Crisóstomo: "¿Qué haces hombre? ¿No ves cómo te engallas, y cómo pones sobre tu cabeza una espada, y haces cambiar la sentencia y la condenación con que se te había favorecido?".

El Rey oportunamente avisado, hizo llamar de nuevo a su servidor, le enrostró con dureza su proceder, y volviéndose atrás en su decisión lo hizo encarcelar hasta que satisficiera cuanto debía, es decir, a perpetuidad, dado que pagar tal deuda sería imposible para el criado.

Jesús concluyó su parábola diciendo: "Esto mismo hará con vosotros mi Padre Celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano". (Mt 18,35) Esa es la enseñanza que resuena por todo el evangelio: "Perdonad y seréis perdonados"; (Lc 6,37) ese es el eco que retumba en los demás libros del Nuevo Testamento: "un juicio sin misericordia para los que no ejercen misericordia". (Sant 2, 3)

## ***SIERVOS Y DEUDORES***

El hombre es siervo de Dios, y si es infiel, no sólo ofende a su amo sino que contrae una deuda con El. Ese matiz bíblico no se capta fácilmente. Por ello para hacerlo más comprensible cambiaron el texto español del Padre Nuestro, siguiendo la versión de San Lucas, que habla de ofensas, en vez del "perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores" que transcribe Mateo. (6,12)



Ante Dios todos los hombres somos ofensores y deudores. Pensamos que podemos expiar nuestras culpas y pagar lo que debemos con obras de piedad. Pero la deuda es tan grande que no sirve ningún plazo, ni se puede renegociar ningún pago. Es mayor que la deuda externa que agobia a los países latinoamericanos. Por eso no pactamos arreglos con Dios sino que nos confiamos a su amor. Dios es el Padre que asume las deudas impagables y las cubre con la sangre de Jesús. Al hombre sólo le queda dar aldabonazos en los oídos divinos, suplicando perdón, hasta que se abran las puertas de la misericordia.

Cuando el hombre logra el perdón abundante y la inmensa misericordia del Dios que se define como "lento para la cólera" no puede sino decir, como los judíos del siglo I: "Bendito seas Señor: me has hecho conocer tus perdones y no debo callarlos ni de día, ni de noche".

Pero el hombre que ha recibido perdón debe perdonar. Debe ser misericordioso, como el Padre del Cielo es misericordioso. (Lc 6,36)

El mejor argumento que tenemos para perdonar a los demás es el perdón ilimitado que Dios nos ha tenido, y del que podemos disfrutar si removemos los obstáculos para que el infinito perdón de Dios llegue a través de nosotros hasta nuestros hermanos, pues el perdón que nosotros damos en nombre del Señor, es el perdón que Dios da, convirtiéndonos a nosotros mismos en canales privilegiados del perdón para quienes nos hayan ofendido.

### *El perdón de José*

José era el preferido de su padre Jacob, que le dio su túnica de manga ancha, lo que causó celos y envidias entre sus hermanos. Estos le aborrecieron hasta no poder ni siquiera saludarle (Gen 37, 3-4).

Las tensiones aumentaron con dos sueños de José. Una noche soñó que la gavilla de espigas que había atado en el campo se erguía mientras las de sus hermanos se inclinaban ante la suya y le hacían rueda. Otra vez dijo haber visto que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante él: era el signo de que lo venerarían su padre, su madre y sus once hermanos (37, 5-11).

Las envidias llevaron a sus hermanos a querer matarle. Desistieron de su empeño, pero le desnudaron de su túnica, y lo metieron a un pozo del que luego lo sacaron para venderlo a unos mercaderes que iban a Egipto (37, 11-28).

José fue llevado a Egipto, de nuevo vendido, encarcelado y finalmente liberado y hecho ministro del Faraón, de modo que adquirió mucho poder. Entretanto sus hermanos acosados por la escasez de trigo vinieron a Egipto, donde reconocieron a José, quien abrazándolos y besándolos les dijo: "No os pese mal ni os de enojo el haberme vendido acá, pues para salvar vidas me envió Dios delante de vosotros" (45, 5).

Los hermanos de José se establecieron en Egipto y prosperaron, pero cuando Jacob murió se decían: "A ver si José nos guarda rencor y nos devuelve todo el daño que le hicimos. Por eso mandaron a José este recado: Tu padre encargó antes de su muerte: así diréis a José: Por favor, perdona el crimen de tus hermanos y su pecado. Ciertamente que te hicieron daño, pero ahora tú perdona el crimen de los siervos del Dios de tu padre". Y José lloró mientras le hablaban.

Fueron entonces sus hermanos personalmente y cayendo delante de él le dijeron: "henos aquí. Esclavos tuyos somos". Replicándoles José: "No temáis ¡Estoy yo acaso en vez de Dios? Aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso. Así que no temáis; yo os mantendré a vosotros y a vuestros pequeñuelos". Y los consoló y les habló con afecto" (Gen 50, 15-21).

### *¿QUIEN DEBE PEDIR PERDON?*

Perdonar es difícil y pedir perdón también. A nadie le agrada hacerlo. El que perdona debe olvidar algo que le lastima la memoria, y el que pide perdón debe humillarse y reconocer que cometió una falta. Ni al ofendido ni al ofensor les gusta dar el primer paso hacia la reconciliación, por eso pueden pasar años y años sin que las heridas causadas se logren sanar.

El único bálsamo para curarlas es el perdón. Alguien debe pedir perdón y ofrecerlo. Parecería lógico que diera el primer paso quien causó el agravio. Sin embargo, entre cristianos, todo discípulo de Jesús debe

ser un artesano de la paz, un experto en tratar las heridas de las ofensas, sin importarle si él las causó o las recibió. En efecto, no es fácil repartir responsabilidades y aunque una de las partes lleve mayor fardo de culpabilidad, la contraparte no suele ser absolutamente inocente.

### ***EL OFENSOR***

Es lógico que quien ofendió a otro, pida perdón por su acción:

El Evangelio de San Mateo trae esta enseñanza de Jesús:

"Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas de que un hermano tuyo tiene algo contra tí, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda" (Mt 5, 23-24).

La enseñanza es clara: Si ofreces sacrificios y guardas rencor no eres aceptable ante Dios. Él prefiere redimirnos por el amor y no por las ofrendas, pues antes que éstas ha puesto la misericordia y la reconciliación (Os 6, 6).

"Dios estima en mucho la caridad, la tiene por mayor que el sacrificio, y sin ella no recibe los otros obsequios". Esta frase de San Juan Crisóstomo, resume la enseñanza de la Iglesia, al respecto.

Dios pide que interrumamos nuestra oración si hemos quebrantado el amor, pues a los rencorosos no los considera aptos para dialogar con Él. El perdón es la boleta de entrada para presentarse ante Dios. Él sólo concede audiencia a los que aman, y reclamará: "No pidas lo que prometí, si no haces lo que mando".

En efecto, el pecado contra los hermanos es ofensa contra el Padre de todos. Como dice una palabra que acaso sea de Jesús, y que aparece en el evangelio apócrifo de los Nazarenos:

"No podéis estar contentos hasta que no veáis que en el corazón de vuestro hermano reina el amor".

El amor es delicado como un vaso de cristal que puede resquebrajarse fácilmente. Por eso la insistencia en reconciliarse no sólo de faltas graves, sino de "cualquier cosa que tenga tu hermano contra tí". Si en algo heriste, busca a tu hermano ofendido, rehace la paz, desempaña de cualquier opacidad el cristal terso del amor.

### ***EL OFENDIDO***

La doctrina de Jesús no termina invitando al ofensor a que rehaga la concordia. También pide al ofendido que no se mantenga a la expectativa, sino que busque el diálogo y ofrezca la reconciliación. El Evangelio de San Mateo así lo sugiere:

"Si tu hermano llega a pecar contra ti vete y repréndele, a solas tú con él, si te escucha habrás ganado a tu hermano" (Mt 18,15).

Es como si este texto dijera: "Ve ante tu ofensor y háblale. Busca que se enmiende, ahórrale la vergüenza de pedir perdón. Su falta es de poca monta en comparación con el precio grande del amor quebrantado. Al ofenderte fue él quien se hirió. Cúrale que está enfermo. No abandones a tu hermano lastimado".

San Isidro de Sevilla urge similar generosidad:

"Si tu enemigo no te suplica, si no te pide se le perdone, si no sufre la humillación del ruego, si no reconoce su pecado por su mala conciencia, tu, concede de corazón, perdona de buen ánimo, sé graciosamente indulgente y concede perdón por tu propia voluntad".

Es de anotar que hay exegetas que proponen suprimir las palabras "contra tí", en el texto de San Mateo, que hemos citado antes, para que la corrección se refiera a todo pecado. En este caso el perdón se ofrece no por el ofendido, sino por un miembro de la comunidad ofendida.

Perdonar equivale a corregir, si de hacerlo puede seguirse un bien para quien faltó. La Biblia nos habla de la corrección fraterna, en varios lugares.

Lev 19, 17: "No odies en tu corazón a tu hermano, pero corrige a tu prójimo, para que no te cargues con pecado por su causa".

2 Tes 3, 14-15: "Si alguno no obedece a lo que os decimos en esta carta, a ese señaladle y no tratéis con él, para que se avergüence. Pero no lo miréis como enemigo, sino amonestadle como hermano".

Pero aún en estos casos debe primar el perdón pues "la prudencia consiste en refrenar el enojo, y la honra en pasar por alto la ofensa" (Prov 19,11), y siempre tendrán valor las palabras de Pablo: "Perdonaos unos a otros, si alguno tuviere queja contra otro" (Col 3,1213).

### ***UN CASO DE PERDON***

Cuentan que una madre de familia regañó fuertemente a su hijito porque jugando le quebró un jarrón. Pasaron muchos años y un día en una oración de sanación interior le llegó el recuerdo del jarrón. Entonces perdonó en su corazón la travesura del niño y quiso escribirle para pedirle perdón por las palabras duras que le había dicho en esa ocasión.

Así lo hizo, escribiéndole que se arrepentía porque lo había tratado mal como si él no valiese mas que un jarrón. Poco después llegó la respuesta del hijo diciéndole a su madre que no se preocupase, pero también a la mujer le llegó carta de su nuera, que le decía: algo le debió usted escribir a mi esposo, porque últimamente está feliz, como si le hubiese quitado un peso de encima.

### ***MONTESCOS Y CAPULETOS***

Ramón de Holbach escribió: "La venganza sólo sirve para eternizar las enemistades en el mundo; el placer fútil que nos causa va siempre seguido de eternos arrepentimientos". Literatos de todos los países han narrado los extremos a que puede llevar el odio alimentado por la venganza, prolongando sin fin las heridas que se infieren los hombres. Basta mencionar el drama de Shakespeare "Romeo y Julieta", que narra el amor de dos jóvenes pertenecientes a dos familias que se habían jurado venganza: MONTESCOS y CAPULETOS.

No es extraño encontrar luchas familiares y tribales parecidas en muchos lugares, aún en nuestra patria, o entre organizaciones de mafiosos, que sólo parecen anhelar vengarse y extinguir al adversario, sin recordar el verso de Zorrilla:

"La venganza es, hijo mío, de maldición una piedra que tarde o temprano vuelve contra el mismo que la suelta".

Para ello no hay sino la solución del perdón, y es de cristianos aportarla sin vacilaciones.

### ***Pedir perdón***

Una familia costeña conoció a Jesús y experimentó la vida nueva. Su existencia fue cambiando. Si antes se reunía alrededor de la música y el baile, ahora lo hacía para orar y compartir fraternalmente.

Mientras esto sucedía, uno de los hijos de la familia estaba ausente del hogar, por motivo de estudios, pero en sus vacaciones encontró que en su hogar todo era distinto; cuando deseaba ir a una fiesta lo invitaban a un grupo de oración, cuando ansiaba un paseo le proponían una reunión espiritual.

Una tarde en que su familia estaba testimoniándole y tratando de convencerle, el muchacho no resistió más y, encarándose con sus padres, les habló soezmente, y subió a su habitación dando un portazo violento.

Sus padres y hermanos quedaron atónitos; luego el padre subió a la habitación de su hijo para hablarle. Cuando abrió la puerta y entró, el muchacho se incorporó en el lecho y se aprestó para defenderse, creyendo que su padre venía a castigarlo, pero éste venía con otras intenciones: se puso de rodillas y le dijo: Hijo vengo a pedirte perdón, y no me levantaré hasta que tú no me perdones.

Ante este espectáculo el joven reaccionó, y dijo: "Papá, ¡levántate de ahí! Si alguien debe pedir perdón soy yo que he sido grosero contigo".

- "No, hijo", replicó el padre. No te estoy suplicando me perdones lo que acaba de pasar, pues en eso tuviste la culpa. Pero ¡te pido perdón por el mal ejemplo que te he dado a lo largo de la vida! Porque si me respondiste con grosería, si gritaste y cerraste la puerta con violencia fue porque desde que estabas pequeñito te he dado mal ejemplo gritando, injuriando y siendo violento. Por eso te pido perdón y no voy a levantarme de aquí hasta que no me perdones todo eso".

El hijo empezó a sollozar. También el papá lloraba. Ambos se abrazaron, y ese abrazo de paz y de perdón marcó el inicio de la experiencia carismática para el joven, y de una unión más profunda en el Señor, para toda la familia.

### ***¡PERDONAR ANTES DEL ATARDECER!***

Hace varios años acompañé hasta el sepulcro el cadáver de un amigo. Recuerdo que al regresar del cementerio su esposa decía: "lo que nos permitió pasar unos años tan felices a mi esposo y a mí fue que desde el día de nuestro matrimonio prometimos que nunca nos guardaríamos rencor sino que nos perdonaríamos en el mismo día en que llegásemos a ofendernos.

Contaba que ella y su esposo habían pactado que el cónyuge que ofendiese al otro debía pedir perdón antes de dormir, y recordaba que cuando ella había ofendido a su marido, al servirle la comida de la tarde, le pedía perdón y él la perdonaba.

Pero si era él quien había fallado, ella preparaba la comida, se iba a la cama y simulaba dormir. Cuando él llegaba trataba de despertarla, lo que no lograba fácilmente, pero cuando conseguía hacerlo, le pedía perdón. Por eso fueron siempre felices en la vida matrimonial: por su compromiso en perdonarse.

Hablando de la reconciliación en la familia, dijo Pío XII:

"En la vida de cada día, cuántas ocasiones de pequeños contrastes, cuántos ligeros enfados pueden crear entre los cónyuges, si no se les pone remedio a tiempo, un estado de latente y dolorosa aversión... Qué deplorable sería por parte de un padre o de una madre, hasta la más mínima apariencia de resentimiento o de venganza personal".

San Pablo recomendó a los cristianos de Efeso que atacasen y derrotasen cuanto antes el bacilo del rencor. La mentalidad del apóstol se expresa en esta frase concisa: "No se ponga el sol sobre vuestra ira" (Ef 4, 26).

La carta de Santiago recomienda "ser tardos en airarse" (1, 19).

En esta enseñanza y en la de Pablo no se niega que pueda sentirse la pasión de la ira, pero se recomienda no entregarse al descanso nocturno sin haber logrado primero la reconciliación con el hermano.

Entre las razones de esa urgencia en reconciliarse podemos subrayar las siguientes:

1a. La reconciliación rápida impide que los problemas se agraven. Es lo que enseña San Juan Crisóstomo:

"Durante el día, muchos nos distraen y llaman hacia sí: pero en la noche, cuando nos vemos solitarios y recapitamos en nosotros mismos, se estremecen las olas y crece la borrasca. He aquí por qué, tomando San Pablo la delantera, quiere entregarnos a la noche reconciliados, para que el demonio no tenga en la soledad ninguna ocasión de encender el horno de la ira y tornarla más pujante". Es lo que dice un refrán africano: "El rencoroso se acuesta, pero no duerme".

2.- Si la ira persiste en el alma, Cristo no puede vivir en ella. San Agustín trabaja este pensamiento comparando a Jesús con el sol de justicia que puede nacer u ocultarse en nuestro corazón. Las palabras del Santo son las siguientes:

"Arroja la ira de tu corazón antes de que oscurezca la luz visible, no sea que te abandone la luz invisible. Cuando el sol de justicia empieza a habitar en el hombre por medio de la fe, debes cuidar de que al nacer la ira dentro de tí, no haga declinar y morir a Cristo en tu pensamiento, porque Cristo no quiere convivir con la ira. Cuando tu caes en la ira, es como si El anoheciera".

La oscuridad material no es obstáculo para que Cristo brille en nuestros corazones. Sea que velemos, sea que durmamos, debemos vivir con Cristo (1 Tes 5, 10). Pero el que odia vive y anda en tinieblas espirituales que le ciegan los ojos. (1Jn 2, 9-11). Por eso "la enemistad, sobre la que el sol no debió ponerse, debe encontrar su propio ocaso, y no volver a amanecer", como enseña el obispo de Hipona. Así se muere al odio y se renace al amor.

3.- Si no hay perdón pronto, toda la vida se llena de amargura. En los hogares saben que después de las comidas deben asear muy bien las ollas y vasijas que usaron, porque en caso contrario los alimentos que se haya de preparar se vinagran fácilmente. Así es el odio en el corazón: envenena todas las acciones y

pensamientos. Por eso debe expelerse cuanto antes, como si fuera un fermento de maldad. La ira sin perdón puede llevar al odio.

4.- San Agustín decía que la ira inveterada se vuelve odio, y la palabra de Dios enseña que quien odia a su hermano es homicida, y permanece en la muerte (Jn 3,14.15). Si queremos, pues, cortar mayores males debemos perdonar. La ira es una enfermedad, que lleva a la muerte si no se combate rápidamente con el remedio del perdón.

### **CONCLUSION**

No esperemos, pues, a que caiga el sol de cada tarde para buscar la reconciliación. Apresurémonos más bien a buscarla.

Decía San Isidoro de Sevilla:

"No duermas si no has vuelto a la paz, no descanses si no te reconciliaste con tu hermano". No olvidemos el consejo del Señor que nos urge a arreglar nuestros problemas con el hermano, mientras todavía vamos caminando hacia el Magistrado, porque luego puede ser demasiado tarde" (cfr. Lc 12, 58).

### ***Santa Juan Francisca Frémyot de Chantal***

Cristóbal de Rabutin, segundo barón de Chantal y su esposa Juana Francisca Frémyot formaban una pareja feliz, que Dios había bendecido con 5 hijos.

A principios de 1601 el Señor Luis de Anlezy primo de Cristóbal, invitó a éste a salir de cacería, con tan desafortunada suerte que de modo involuntario con un disparo de arcabuz hirió al barón de Chantal.

Nueve días duró la agonía. Durante ella el herido se comportó como cristiano convencido: otorgó generoso perdón a su primo y amigo y le pidió que olvidara el suceso para que no se amargara con el penoso recuerdo. Aún más: hizo levantar una acta en la que testimonió que el Señor de Anlezy no había tenido culpa alguna en su infortunio, de modo que nadie tuviera el derecho de acusarlo más tarde.

Lo que el moribundo barón pudo hacer, no lo logró su viuda. Quien, a pesar de perdonar verbalmente, rehusó recibir al señor de Anlezy, y demoró cinco años en hablar con él.

Para hacerla cambiar de opinión se requirió la exigente dirección del obispo de Ginebra, San Francisco de Sales. Este le escribió a quien luego sería Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal, diciéndole:

Annecy, 3 julio 1605

"Usted me pregunta cómo quiero que esté en la entrevista de quien mató a su señor esposo.

No se requiere que usted busque el día ni las ocasiones; pero si se presenta, quiero que tenga entonces un corazón dulce, generoso y compasivo. Sé que sin duda, se conmovirá y dolerá. Que su sangre hervirá; ¿pero esto qué? Así sucedió a nuestro amado Salvador a la vista de Lázaro muerto y con la representación de su pasión. Sí, pero ¿qué dice la Escritura? Que una y otra vez levantó los ojos al cielo.

Esto es, querida hija, Dios nos hace ver en estas emociones, en qué medida somos carne, huesos y espíritu.

Precisamente hoy, ahora mismo, he de predicar el evangelio del perdón de las ofensas y del amor a los enemigos. Me apasiona ver las gracias que Dios me da, después de haberlo ofendido tanto.

Ya he dicho bastante. Repito: no pienso que deba buscar entrevistarse con ese pobre hombre, sino que sea condescendiente con quienes lo quieren facilitar, y que testimonie que acepta todo, aún la muerte de su esposo, la de sus padres, hijos y parientes, y la propia muerte por la muerte y el amor de nuestro Salvador. Valor, hija: caminemos, practiquemos esas humildes y sencillas pero sólidas, santas y excelentes virtudes".

El 24 de enero de 1608 en nueva carta San Francisco de Sales le aconsejó a Santa Francisca de Chantal que aceptara ser madrina del hijo de Luis de Anlezy, y en esto también ella obedeció.

### **LA MEDIDA DEL PERDON**

Una vez Pedro preguntó a Jesús cuántas veces debía perdonar. La respuesta del Señor se conserva, con alguna variante, en el Evangelio de San Mateo y en el de San Lucas. Recordemos ambos textos:

"Pedro se acercó y le dijo a Jesús: Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?"

Dícele Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mt 18, 21-22).

"Si tu hermano peca, repréndele: y si se arrepiente perdónale. Y si peca contra tí siete veces al día, y siete veces se vuelve a tí, diciendo: "Me arrepiento", le perdonarás" (Lc 17, 3-4).

Perdonar 7 veces al día, como dice Lucas, o perdonar 70 veces 7, como enseña Mateo, ó 77 veces como traducían algunos autores antiguos significa perdonar todo y perdonar siempre.

Es tan importante este mensaje que en un convento quitaron de las paredes del comedor las laminas y los adornos y sólo dejaron un retablo que recordaba esta operación aritmética, elemental y complicadísima a la vez: 70 x 7.

Esa misma multiplicación muchos la lucen en una plaquita metálica que llevan como prendedor en el vestido.

### ***EL PERDON ILIMITADO***

El perdón que Jesús propone es abundante e ilimitado. Para otorgarlo no se necesita tener una calculadora eléctrica que indique el producto de esa multiplicación. Jesús nos dice: siempre que sea necesario perdonar, perdona. La actitud cristiana es perdonar sin reticencias ni limitaciones.

En la Biblia hay un canto que habla de una venganza abundante y feroz. Lo compuso Lamec un descendiente de Caín. En ese canto se promete la revancha con creces: por un golpe morirá un joven, por una herida morirá un hombre, pues si Caín era vengado siete veces, Lamec merecía serlo 77 (Gen 4, 23-24). Como testigos del cumplimiento de sus amenazas, Lamec citaba a sus dos esposas, quizá porque ellas habían experimentado el cruel comportamiento de su marido.

Para moderar esa ley de venganza implacable que se había difundido en el desierto, los hebreos establecieron el código del Talión que exigía "vida por vida", ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, herida por herida, golpe por golpe" (Ex 21, 23-25; cfr. Lev. 24, 20; Deut 19, 21). Era un progreso sobre la ley de Lamec, pues limitaba la venganza a la medida de la ofensa

Pero a Jesús, la ley del Talión le parece inaceptable. El manda hacer bien por el mal recibido, presentar una mejilla cuando la otra ha sido golpeada, alargar la túnica a quien arrebatara la capa, y siempre perdonar (Mt 5, 38-43).

Esa ha sido la conducta de los discípulos de Jesús. Tertuliano decía que "el verdadero paciente es el que perdona siempre", y San Francisco de Sales, de modo no exento de humor, escribió: "si un enemigo me sacara el ojo derecho, le sonreiría con el izquierdo, y si me los sacara ambos, todavía me quedaría corazón para amarle".

La medida de Lamec es una medida equivocada. El pensaba vengarse, excediéndose en la represión. Jesús corrige esa teoría. Si hay que extralimitarse no es en el castigo, sino en el amor y en la misericordia, dejando que la última palabra la tenga el perdón.

Es grande la ternura divina, así debe ser ilimitado el perdón de los cristianos, sin reducciones o estechees. En el campo de batalla de las ofensas y del rencor deben enarbolar la bandera blanca, no los vencidos que aceptan rendirse, sino los cristianos que ofrecen perdón.

Por supuesto que no todos aceptan la enseñanza de Jesús. Por ejemplo, cuando era primer ministro en la Unión Soviética dijo Nikita Krushchev. "No estoy de acuerdo con Cristo, si me hieren en la mejilla izquierda, yo pego tan fuerte en la derecha del otro, que le parto la cabeza". Eso es un eco del canto de Lamec.

### ***PERDONAR SIN CANSARSE***

Pudiera ser que experimentásemos el cansancio de perdonar. Que al repetir la acción de perdonar con la frecuencia que exige Jesús, nos saturáramos en vez de habituarnos, o que estableciésemos un límite a la cantidad o a la calidad de las faltas.

Al respecto, San Agustín nos invita a superar cualquier agotamiento en el perdón:

"Si te fatiga el oír todos los días de tu hermano: "otórgame perdón", piensa en las veces que tú se lo dices al Señor. ¿Hay oración en donde no le pidas esto? y te agradecerá oír al Señor diciéndote: Perdoné ayer, perdoné anteayer, no tienen cuenta las veces que llevo perdonándote, ¿cuánto tiempo he de seguir así?

Quieres que te diga: siempre me vienes con la misma súplica, siempre con las mismas palabras: Perdónanos nuestras deudas.

¿Siempre hiriéndote el pecho y siempre con él tan duro como si fuera de hierro"?

El perdón tiene que ser universal. No podemos tener una lista negra de las personas o los casos reservados para el odio o la venganza. El perdón tiene que ser profundo. No puede quedarse en la superficie de las palabras sino que debe descender a lo íntimo del corazón, evitando que en los repliegues del alma queden sentimientos de rencor. El perdón no puede ser fingido, mientras el anhelo de venganza queda al acecho, reconcentrándose en amargura y en hiel, esperando la ocasión de supurar su veneno. El cristiano no puede decir: "eso me excede, eso no se puede exigir". El cristiano puede tener valor como el de la esposa traicionada que le envió una rosa a la amante de su marido, con una tarjeta que decía: "Debido al amor que Cristo siente por mí, y al amor que ese amor despierta en mi corazón, puedo perdonarte y amarte". Nuestro perdón debe ser generoso.

La palabra generoso se deriva de género, y esta palabra significa raza. Si somos de la raza de los cristianos, de la raza de los hijos de Dios, no podemos desdecir de nuestra condición. El hombre que dice: "yo solo perdono las faltas leves", no es generoso. El que fija un límite a su perdón, no es generoso. El que dice que perdona pero no olvida, no es generoso. El que perdona sólo a unos y no a otros tampoco lo es, ni se comporta como un hijo del Dios que perdona, ni como discípulo de Cristo, fiel y justo para perdonarnos (1 Jn 1, 9).

### ***El Papa Juan Pablo II***

Un testimonio de perdón lo dio el Papa Juan Pablo II. Todavía está fresco, en la memoria de los fieles, el recuerdo del atentado que sufrió el Sumo Pontífice, el 13 de mayo de 1981 en la Plaza de San Pedro. Un joven turco, Ali Agca, disparó contra el Papa dos balazos que estuvieron a punto de quitarle la vida. Juan Pablo II declaró horas más tarde, desde su lecho del Instituto Policlínico Gemilli, que perdonaba a su agresor.

Tres años y medio más tarde se había previsto una visita del Papa a tres cárceles de Roma.

Entre éstas fue escogida la de Rebibbia, y poco antes de la fecha señalada para la visita, fue trasladado a ella desde Ascoli Ali Agca, a petición del juez Martella, quien estaba adelantando pesquisas acerca de la posible vinculación de una red internacional en el atentado contra el Pontífice.

Aunque el traslado de Ali Agca a Rebibbia no tenía que ver con la visita del Papa, sin embargo, el turco pidió, a través del Padre Dante Melé, capellán de la cárcel, que el Papa le diera una audiencia, y Juan Pablo II aceptó. Las fotos del diálogo entre el Papa y el cautivo recorrieron el mundo. El mismo Juan Pablo II lo comentó:

"Hoy, después de dos años, pude encontrar a mi agresor, y pude volver a expresar el perdón que ya le había dado, inmediatamente después del atentado, y que también expresé públicamente cuando fue posible en el hospital. Pienso que el encuentro de hoy en el ambiente del año de la Redención, es también providencial. No había sido programado, planificado. Sucedió y pienso que el Señor me ha dado, como también a él, la gracia de encontrarnos como hombres y como hermanos, porque todos nosotros somos hermanos, y todas las circunstancias de nuestra vida deben confirmar esta fraternidad que proviene del hecho de que Dios es nuestro Padre y que todos nosotros somos sus hijos en Jesucristo. Por eso somos hermanos"

### ***¿A QUIENES PERDONAR?***

Para cumplir cabalmente la exigencia de perdón universal podríamos afirmar, inspirándonos en la enseñanza de Jesús acerca del amor, que los cristianos debemos perdonar "a Dios y al prójimo, como a nosotros mismos".

### ***PERDONAR A DIOS***

A muchas personas la expresión "Perdonar a Dios" les parece inaceptable. En efecto, uno no puede perdonar sino a quien lo ha ofendido, y Dios no ofende a nadie sino que nos colma a todos de bendiciones y amor. Por eso algunos sugieren suprimir esa expresión. Pero como otros la usan tratamos aquí de precisar su sentido.

Es posible que si nos acaece un mal negocio, una dificultad en las relaciones familiares o sociales, una enfermedad, la muerte de un ser querido o algún problema similar pensemos que es Dios quien nos envía esa pena porque no nos quiere. Quizá pensemos que El no escucha nuestra oración y que sólo piensa en castigar nuestros errores pasados.

Posiblemente nos preguntamos por qué nos escogió a nosotros para llevar esa carga dolorosa, en vez de inclinarse por los demás.

Al hacer esos planteamientos quizá nos llenemos de rencor y de amargura contra Dios, por las supuestas ofensas que nos ha inferido. Esa actitud nuestra se debe a que nuestro juicio imperfecto no alcanza a percibir las causas y las consecuencias de cuanto nos sucede.

En este contexto, la expresión "Perdonar a Dios" quiere decir: arrancar del corazón cualquier sentimiento de rencor que hubiésemos dejado nacer por ofensas que no existieron pero que nosotros creamos en nuestra imaginación.

El mal existió, sus efectos nos golpearon, subjetivamente nos dolieron, y nosotros los atribuimos a Dios, que no era su autor, o le atribuimos deseos que no tenía respecto de nosotros, como si al médico que desea inyectarnos para restaurar nuestra salud sólo le atribuyéramos el anhelo de chuzarnos y hacernos sufrir.

El problema fue nuestro y no de Dios, pero no lo comprendimos así, porque nuestra mente imperfecta malinterpretó lo sucedido. Por eso "Perdonar a Dios" es sanarnos nosotros mismos, comprender su amor y nuestra torpeza, y restablecer nuestra amistad con El.

### ***PERDONAR AL PROJIMO***

Perdonar las injurias es una obra de misericordia espiritual. Es la mejor medicina para curar las heridas que los humanos nos causamos unos a otros en la lucha de la vida.

Perdonar al prójimo significa acercarse física y espiritualmente a quienes nos han ofendido. Los cristianos debemos aproximarnos a quienes fueron heridos por nuestras ofensas.

Demos abrir para todos ellos el hospital de la misericordia y del perdón. En ese hospital no debe faltar lecho para ningún enfermo. El perdón debe ser universal, debe cubrir a todos los enemigos. De manera especial el perdón debe brillar en cada hogar; entre padres e hijos, entre hermanos, entre esposos, entre familiares. De cada hogar debe propagarse hacia afuera: a los vecinos, a los amigos, a los compañeros de estudio y de trabajo, a los conocidos, a todos en general.

El perdón al prójimo debe superar la dimensión personal y llegar a los espacios sociales: reconciliación entre los partidos políticos que sólo piensan en ganar a base de injurias al adversario, paz definitiva entre pueblos y naciones con frecuencia enfrentados por conflictos bélicos.

Perdón entre personas de diferentes razas, religiones y culturas, acercamiento entre clases sociales, entre orientales y occidentales, entre primer y tercer mundos, entre el norte y el sur.

Perdón entre padres e hijos, entre esposas y maridos, entre clérigos y laicos, entre carismáticos y participantes en otros grupos apostólicos. La Iglesia es una familia de hermanos que se perdonan.

Un perdón tan extenso pudiese parecer utópico, sin embargo, hasta que no se logre esa sanación universal, no se habrán consolidado los cimientos de la civilización del amor, ni se habrán cerrado las



brechas que agrietan los muros de la ciudad ideal, la Jerusalén nueva que Dios quiere reconstruir para su pueblo.

### ***Una leyenda:***

El escritor argentino Jorge Luis Borges escribió esta "leyenda", que ilustra lo que es perdonar y perdonarse:

"Abel y Caín se encontraron después de la muerte de Abel. Caminaban por el desierto y se reconocieron desde lejos, porque los dos eran muy altos. Los hermanos se sentaron en la tierra, hicieron un fuego y comieron. Guardaban silencio, a la manera de la gente cansada cuando declina el día. En el cielo asomaba alguna estrella, que aún no había recibido su nombre. A la luz de las llamas, Caín advirtió en la frente de Abel la marca de la piedra y dejó caer el pan que estaba por llevarse a la boca y pidió que le fuera perdonado su crimen.

Abel contestó:

- ¿Tú me has matado o yo te he matado? Ya no recuerdo; aquí estamos juntos como antes.

- Ahora sé que en verdad me has perdonado -dijo Caín, porque olvidar es perdonar. Yo trataré también de olvidar.

Abel dijo despacio:

- Así es. Mientras dura el remordimiento dura la culpa.

### ***Dar perdón***

Un hombre conoció a Jesús en la Renovación Carismática. Se sentía tan gozoso que se preguntaba por qué quería Dios darle tanta fuerza y tanto amor.

En eso llegaron las vacaciones, y él determinó viajar a su tierra con su esposa y sus hijitos. Salieron muy temprano porque había muchos kilómetros que recorrer. Ya empezaba a caer la tarde, cuando oyó un disparo, entonces aceleró su vehículo, para alejarse de esa zona de peligro. 200 ó 300 metros más adelante detuvo la marcha para mirar lo que pasaba, y vio que su hijo de 7 años agonizaba pues una bala le había dado en la sien.

En el primer pueblito que encontraron nada pudieron hacer por ayudar al niño, siguió entonces hacia una ciudad vecina, pero en el trayecto el niño expiró.

El regreso fue triste, las vacaciones frustradas, el hijo mayor ya estaría para siempre ausente del hogar. Solo la oración y el canto espiritual empezaron a dar una fuerza interior, y una paz increíble.

Cuando los viajeros pasaron por el primer pueblito, en donde no les habían podido atender al niño herido, alguien les dijo que ya las autoridades habían apresado al asesino. Era un hombre que los confundió con un enemigo suyo, dueño de un automóvil de la misma marca y modelo...

Las autoridades policiales quisieron impedir que el padre del niño asesinado viera al matador de su hijo, pero fue tanta la insistencia de aquél que, luego de requisarlo, facilitaron la entrevista.

Cuando los dos hombres se encontraron, el asesino se puso de rodillas pidiendo perdón y con gran extrañeza vio que el padre ofendido le tomaba entre los brazos, le ayudaba a levantarse, diciéndole que uno sólo debía arrodillarse delante de Dios, y le abrazaba luego, perdonándole en nombre de Jesús.

Alguna vez se narró este testimonio por televisión, en el programa del Minuto de Dios, y movió a muchas personas a perdonar, entre ellas a un futbolista que había recibido un puntapié en el rostro. El exclamó: "si ese hombre tuvo fuerzas para perdonar al asesino de su hijo, ¿por qué yo no podré, con la ayuda de Dios, perdonar a quien me golpeó?".

### ***PERDONAR ES UN PROCESO***

Perdonar es difícil pero posible. Si pensamos que será imposible absolver y olvidar la afrenta recibida se nos hará más dificultoso sanarnos de las heridas que nos hayan causado nuestros enemigos. Pero aún si creemos que podremos recuperarnos de ellas, es probable que necesitemos tiempo para lograrlo.

De ordinario, el perdón se logra lentamente. Primero vendrá un acto de la voluntad que decide perdonar y olvidar, luego se irán sanando los sentimientos y finalmente la memoria. Posiblemente para vivir todo el proceso se necesite orar por sanación interior. Pero también ayuda la decisión de no agravar las situaciones sino de ir restaurando las heridas. En esto podemos actuar con nuestra mente, con nuestras palabras y con nuestras acciones.

### ***EL PENSAMIENTO***

No debemos permitir que el odio rebaje nuestro espíritu ni que la imaginación nos envenene contra nuestros ofensores. No pensemos mal de nadie ni nos llenemos de pensamientos vengativos. El libro del Eclesiástico nos da la siguiente enseñanza al respecto:

"Del vengativo se vengará el Señor; Dios llevará cuenta estricta de todos sus pecados; perdona las ofensas de su prójimo y Dios perdonará tus pecados cuando se lo pidas. Si uno guarda rencor a su prójimo, ¿cómo querrá que Dios le de a él la salud? No tiene compasión de un hombre igual a él, y ¿pide a Dios perdón de sus pecados? Piensa en tu fin y ya no odies más; piensa en la muerte y cumple los mandamientos. Recuerda los mandamientos y no odies al prójimo; piensa en el Pacto del Altísimo y perdona las faltas" (Eclo 28, 1-7).

El perdón es una ley de Dios. Si nos negamos a obedecerle, además del enemigo de la tierra nos podemos granjear otro, en el cielo, que rehúse perdonarnos.

Si nos cuesta perdonar, pidamos al Señor que empiece por curar nuestra mente de todo pensamiento de odio y de venganza. Recordemos las palabras de San Agustín:

- ¿Languideces, anhelas, enfermas, no puedes arrancar de ti el odio? Espera en Dios, es médico. Por tí se colgó en un leño y todavía no se ha vengado. Míralo, pendiente de la cruz, haciendo de su sangre medicina para tu enfermedad. Si quieres vengarte, míralo pendiente, óyelo suplicante".

Oremos para olvidar. El recuerdo carcome y amarga. Por eso es importante no estar rumiando las injurias recibidas. "A veces olvidarlas es más duro que perdonarlas. Perdonad y Dios os hará la gracia de olvidar", decía Pío XII. ¿Qué tal que Dios recordara siempre nuestros pecados? Pero es Dios de perdón y de misericordia, y nuestras faltas se las echa a la espalda, las arroja en el mar (Ez 18,22...).

### ***LA PALABRA***

La reconciliación del corazón y de la mente no debe diferirse; la de los labios puede tardar, pues no siempre se podrá expresar el perdón. Sin embargo, si esto acaece, no profiramos nunca expresiones de rencor; cada palabra amarga será una manotada de leña seca que alimentará la hoguera de la discordia.

Es preferible callar, en vez de responder con insultos a los insultos (1Ped 2, 23). "Más honroso es huir de las injurias, en silencio, que vencer hablando", decía el Papa San Gregorio Magno. Parecida doctrina transmite la epístola de Santiago (3, 6.8; 4.11).

La Biblia abunda en advertencias similares al recordarnos que "el odio provoca discusiones, mientras el amor cubre todas las faltas" (Prov 10,12; 20, 22. 24. 29). San Pablo nos aconseja diciendo: "Echen fuera la amargura, las palabras, los enojos, los insultos y toda clase de maldad, y perdónense unos a otros como Dios los perdonó a ustedes en Cristo" (Ef 3,31). Muy aleccionadoras son también las palabras de Job: "Nunca me alegré del mal de mi enemigo ni de que le hubiera venido una desgracia. Jamás lancé sobre él una maldición ni le deseé la muerte" (Job 29, 31).

Nunca hablemos mal de nuestros ofensores. Ojalá ya gente nos recuerde porque siempre hablamos bien de los demás, y porque en nuestro taller no hay tijeras para cortar el honor de los otros, ni martillos para volver trizas su fama. Ni siquiera la de nuestros enemigos. Sobre todo, hablemos bien de ellos ante Dios, Oremos por ellos, Jesús nos mandó orar por los enemigos (Mt 5, 45).

Pidamos que los malos sean buenos. Así nuestros enemigos se convertirán en nuestros amigos.

Si encontramos a nuestros ofensores, saludémoslos. No les neguemos las expresiones más usuales de saludo que suelen intercambiar los hombres.

Si debemos reclamar y corregir, hagámoslo con amor, no para desquitarnos sino para sanar.

Si nos piden perdón, otorguémoslo sin dudas y sin prórrogas. Si decimos que perdonamos, hagámoslo de corazón, sin disfrazar el rencor con palabras fingidas. Que se realice en el alma lo que expresan los labios, de modo que si estos se acercan al prójimo para el ósculo de la paz, que también se aproximen los corazones.

### ***LA ACCION***

No devolvamos mal por mal ni ultraje por ultraje. Por ninguna ofensa devolvamos mal al prójimo. Esa es la enseñanza constante de la palabra de Dios. (1Pe 3,9; Rm 12,17; 1Tes 5,15). El mundo está lleno de retaliaciones. Que el cristianismo haga fermentar el olvido, el perdón, y que nos ayude a devolver bien por mal.

Una manera de actuar, al buscar el perdón o al otorgarlo, será la de prestar servicios. Si nos empeñamos en servir, acabaremos amando. La Biblia nos recuerda:

"Si encuentras el buey o el asno del enemigo, devuélvelo; no dejes de ayudar al que te odia". (Ex 23, 4).

"Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Así harás que le arda la cara de vergüenza". (Pr 25, 21; Rm 12, 20).

Esos servicios son signos del perdón. Es bueno que siempre haya un signo del perdón, pues nuestra naturaleza corporal necesita expresarse, no sólo con palabras sino con actos; por el eco del perdón puede ratificarse con un abrazo, con un beso, con una cena en común, con un obsequio. Los indios, al reconciliarse, fuman la pipa de la paz; inhalan el mismo humo, absorben el mismo espíritu, se llenan del mismo amor. Todas esas son expresiones sensibles que suelen usarse, y que simbolizan algo profundo, porque los cristianos debemos perdonar movidos por el amor. No como si no quedara otra cosa que hacer, ni solamente porque debemos morir a nosotros mismos para resucitar, sino porque debemos amar, y hacerlo hasta el extremo, como Cristo, y el que ama es experto en perdonar.

### ***Los mártires ingleses***

Como ejemplo de hombres que perdonaron a sus verdugos antes de morir, podemos mencionar a varios mártires ingleses decapitados o ahorcados en Londres. Baste citar a Santo Tomás Moro que después de ser condenado a muerte en Westminster Hall dijo a sus jueces, aludiendo a San Esteban y a San Pablo: "Los dos son santos del cielo y serán eternamente amigos, así yo pido y espero que, aunque Vuestras Señorías hayan sido mis jueces en la tierra y me hayan condenado, nos reunamos un día en el cielo para toda la eternidad".

Era el 6 de julio de 1535, y reinaba en Inglaterra Enrique VIII. Años más tarde, siendo reina Isabel I, hija del rey Enrique y de Ana Bolena, arreció la persecución contra los católicos. El 1 de diciembre de 1591 subió al cadalso el Beato Edmundo Campion, quien antes de morir dijo a los circunstantes que oraba "por Vuestra reina y mi reina, a la que deseo un largo y próspero reinado". El 10 de diciembre del mismo año correspondió el martirio al Beato Swithin Wells, laico de avanzada edad, quien dirigiéndose al verdugo le dijo: "Pido a Dios que haga de vos otro San Pablo, como lo hizo con Saulo".

### ***PERDONAR ES SANAR***

Varios escritores carismáticos enseñan que, con frecuencia, la sanación se consigue como efecto del perdón. Para no repetir lo escrito por ellos, sólo recalamos la necesidad del perdón para sanarse espiritual, síquica, corporal y socialmente.

### ***SANACION ESPIRITUAL***

Todos los hombres somos pecadores, y por tanto todos hemos quedado espiritualmente heridos. Nuestras culpas han lastimado nuestra alma, quebrantando nuestra relación con Dios

El perdón y la sanación espiritual sólo Dios los puede dar Sólo El puede perdonar pecados.

La Palabra de Dios nos invita a despojarnos de todo sentimiento de odio porque quien aborrece a su hermano no ama a Dios, camina en tinieblas y es un asesino (1 Jn 2, 11; 3, 15; 4, 12). Sólo el que perdona a sus hermanos obtiene el perdón de Dios. Eso lo leemos claramente en el libro del Eclesiástico.

"Rencor e ira son abominables, esa es la propiedad del pecador. El que se venga, sufrirá venganza del Señor, que llevará cuenta exacta de sus pecados. Perdona a tu prójimo el agravio y, en cuanto pidas, te serán perdonados tus pecados. Hombre que a hombre guarda ira, ¿cómo del Señor espera curación? De un hombre, como él, no tiene piedad y ¿pide perdón por sus propios pecados? El, que es solo carne, guarda rencor, ¿quién le obtendrá el perdón de sus pecados? Acuérdate de las postrimerías y deja ya de odiar, recuerda la corrupción y la muerte, y sé fiel a los mandamientos. Recuerda los mandamientos, y no tengas rencor a tu prójimo; recuerda la alianza del Altísimo, y pasa por alto la ofensa", (Eclo 27, 31-28,7).

Para perdonarnos y sanarnos espiritualmente Dios envió a su Hijo, de cuyos servicios medicinales nadie puede prescindir. El llegó al mundo enfermo, y lo bañó con su sangre, pero le impuso además un régimen curativo: perdonar y amar. Donde hay caridad y amor allí está Dios, y allí hay hombres espiritualmente sanos.

### ***SANACION SIQUICA***

Del perdón o de la ausencia de él dependen la paz interior del hombre, su sosiego, su mirada optimista sobre la vida, su juicio duro sobre los demás y muchos complejos. El odio y el rencor son óxidos que corroen la tranquilidad anímica de las personas.

Al perdonar el hombre se libra de recuerdos penosos que le vienen sin cesar a la mente y condicionan su actuar, o quizá también de los que no afloran a la superficie, pero están en el subconsciente golpeando lo más sensible de su ser.

En las reuniones de oración, cuando se ora por sanación interior, cualquiera que sea el método que se emplee, se suelen encontrar personas que se emocionan sensiblemente, en ocasiones hasta las lágrimas. Con frecuencia muchas de ellas comparten que sintieron ese conturbarse del ánimo cuando recordaron una ofensa antigua, un acontecimiento que les tocó sufrir, y que la oración les ayudó a revivirlo y también a perdonar a quienes en época posiblemente remota les causaron daño.

El resultado de esa oración y ese perdón suele ser, en quienes antes lloraban, una gran paz, de modo que al terminar el grupo sienten alegría, deseo de compartir y anhelo de testimoniar la obra del Señor, y luego perciben la desaparición de problemas y traumas que les amargaban la existencia.

### ***SANACION CORPORAL***

El hombre que odia y se venga de las injurias recibidas es el primero en resultar perjudicado por su propia acción.

Es como el que, deseando matar a su enemigo, se ata una carga de dinamita a la cintura y acercándose a su adversario, la hace estallar. Es posible que su contrincante muera, pero es seguro que él volará en átomos.

El perjuicio que el rencoroso se causa, aparece con frecuencia en su propio organismo pues muchas enfermedades son sicosomáticas, como las úlceras, el insomnio, la artritis, la presión alta, la fatiga, la colitis, el asma, la migraña.

Por eso, con frecuencia, en los grupos y asambleas de oración, cuando la gente perdona, no sólo recibe sanación interior, sino que con frecuencia experimenta corporalmente los efectos curativos del perdón y puede testimoniar que Jesús le ha dado la sanación física.

### ***SANACION SOCIAL***

El que está inficionado de rencor, se torna en comunicador de tensiones a su alrededor. Es como una manzana podrida, que daña a las demás. Por el contrario, el que perdona siembra amor. Se convierte en

artesano de la paz: su corazón, su hogar y su ciudad empiezan a ser para él moradas de la paz. ¿Acaso no es un programa para todo hombre, hacer que sus actos contribuyan, aunque sea en pequeña escala, a construir la civilización del amor y de la paz?

Si esto se dice de cualquier ciudadano, con mayor razón se afirmará del cristiano.

Porque los cristianos formamos con Jesús un solo cuerpo Nadie odia a su propio cuerpo, aunque eso lo hace quien no perdona. Concluycamos esta reflexión con las palabras de San Agustín, que podríamos aplicar al rencor y a cualquier falta contra nuestro prójimo

"Oh Cristo, que estás sentado en el cielo, pero que en tus miembros sufres todavía en la tierra. ¿Será posible que te adore en la cabeza y que te blasfeme en el cuerpo?"

Sería como si uno se acercase a Ti, para imprimir un beso en tu rostro, y al mismo tiempo te pisara e hiriera en los pies. No le contestarías, diciéndole: Pero, ¿hombre, qué haces? ¿No adviertes que mientras quieres coger con tus manos mi cabeza v besarla, tus botas de hierro han aplastado y herido mis pies ensangrentados?".

El escritor colombiano Gabriel García Márquez trae en una de sus novelas la descripción de un perdón no otorgado, sino siempre dilatado, y por eso la ofensa no se podía evocar, a pesar de ser tan baladí, porque las heridas que causara podían volver a sangrar. Estos son sus principales párrafos:

"El doctor Juvenal Urbino había regresado al dormitorio. . . y empezó a vestirse sin encender la luz. . . Ella (Fermina Daza) estaba a medio sueño, como siempre, y él lo sabía. Al cabo de un largo rumor de almidones de linos en la oscuridad, el doctor Urbino habló consigo mismo:

- Hace como una semana que me estoy bañando sin jabón -dijo. Entonces ella acabó de despertar, recordó y se revolvió de rabia contra el mundo, porque en efecto había olvidado reponer el jabón del baño. Había notado la falta tres días antes, cuando ya estaba debajo de la regadera y pensó reponerlo después, pero después lo olvidó hasta el día siguiente. Al tercer día le había ocurrido lo mismo. En realidad, no había transcurrido una semana, como él decía para agravarle la culpa, pero si tres días imperdonables, y la furia de sentirse sorprendida en falta acabó de sacarla de juicio. Como siempre, se defendió atacando. -Pues yo me he bañado todos estos días -gritó fuera de sí- y siempre ha habido jabón.

(El incidente los llevó a la separación del lecho)... El no estaba dispuesto a volver mientras ella no admitiera que no había jabón en el baño, y ella no estaba dispuesta a recibirlo mientras él no reconociera haber mentido a conciencia para atormentarla.

El incidente, por supuesto, les dio oportunidad de evocar otros, muchos otros pleitos minúsculos de otros tantos amaneceres turbios. Unos resentimientos revolviéron los otros, reabrieron cicatrices antiguas, las volvieron heridas nuevas, y ambos se asustaron con la comprobación desoladora de que en tantos años de lidia conyugal no habían hecho mucho más que pastorear rencores.

Al cabo de 4 meses, él se acostó a leer en la cama matrimonial mientras ella salía del baño, como ocurría a menudo, y se quedó dormido. Ella se acostó a su lado con bastante descuido para que despertara y se fuera. El se despertó a medias, en efecto, pero en vez de levantarse apagó la veladora y se acomodó en su almohada. Ella lo sacudió por el hombro para recordarle que debía irse al estudio, pero él se sentía tan bien otra vez en la cama de plumas de sus bisabuelos, que prefirió capitular:

- Déjame aquí- dijo- sí había jabón....

Aún cuando ya eran viejos y apacibles se cuidaban de evocarlo (este episodio), porque las heridas apenas cicatrizadas volvían a sangrar como si fueran de ayer.

### ***PERDONAR ES VENCER***

No es fácil perdonar. Es batallar encarnizadamente contra el propio orgullo y, frecuentemente, también contra las incitaciones a la venganza que nos hace el mundo y nuestros supuestos amigos, quienes creyendo tomar partido por nosotros, nos impiden abrirnos al amor y al perdón.

Nuestro espíritu es el estadio en donde se libra la batalla entre la tentación y la gracia. Es una arena de reducidas dimensiones, pero el combate que allí se desarrolla tiene serias consecuencias. Con razón el libro de los Proverbios afirma que dominar la ira es mejor que conquistar una ciudad (Prov 16, 32).

En ese escenario, si nos armamos de paciencia, de bondad, de humildad y de amor, saldremos vencedores y dejaremos vencidos al orgullo, la violencia y el odio. Los espectadores de esa lucha serán Dios, los ángeles y los creyentes, que nos darán sus aplausos. Estos son más valiosos que el posible escarnio de nuestros enemigos espirituales ( 1 Cor 4,9; Heb 10,33).

### ***PERDONAR DE CORAZON***

Esa lucha no se gana a nivel de palabras, sino en lo íntimo de la persona. Las palabras pueden reducirse solamente a ser una máscara que oculta la realidad de nuestra vida. (Mt 15, 8). Pero la voz de Dios nos urge a ser auténticos. Cuando Jesús, en la parábola de los dos deudores, narró lo que hizo el amo al criado de duras entrañas, concluyó diciendo: "Así también hará con vosotros mi Padre del cielo, si no perdonáis de corazón, cada uno a su hermano" (Mt 18, 35).

Una vez viví una experiencia en una comunidad parroquial. Allí revisaban cada tarde con gran diligencia cuanto había sucedido durante la jornada, y durante el diálogo se descubrió que dos personas estaban disgustadas seriamente. Una de ellas afirmaba que la otra la ofendía de continuo; y ésta respondía que no se había dado cuenta y que de todos modos pedía perdón. Pero la primera replicaba que siempre era lo mismo, que el otro siempre pedía perdón, que nunca se corregía y que aparentaba nunca darse cuenta.

Entonces quien presidía la reunión dijo: "Aquí hay algo mal. Si uno de ustedes pide perdón y no se corrige, quizá sea porque sólo está hablando de palabras sin reflexionar en que su actitud está haciendo sufrir a su hermano, y si el otro rehúsa ahora perdonar, so pretexto de que la ofensa se repite, está olvidando que el mensaje de Jesús acerca del perdón implica no poner límites".

Luego añadió: "Pienso que ustedes deben examinar seriamente en qué se están ofendiendo y por qué lo están haciendo, y luego darse un perdón sincero, pues cuando uno tiene una herida infectada, si se contenta con poner encima de ellas gasas y esparadrapos, sin lavarla primero y limpiarla, nunca curará. Así, tampoco sanan las llagas del alma si nos contentamos con palabras amables, sin remover lo que nos ha herido".

Eso nos puede suceder a todos. Si no perdonamos de modo total y profundo, sin rebajas ni componendas, sin absoluciones parciales, imperfectas e incompletas. Pues si dejamos un sedimento de rencor, éste alimentará poco a poco la cólera, la convertirá en odio y éste fomentará la venganza. Para que ese perdón sea total no hay mejor camino que entregarnos al amor y al perdón de Jesús. Que sea él quien ame y perdone a través de nosotros.

### ***EL RENCOR DESTRUCTOR***

Quien se deja llevar por la ira, el rencor y la venganza se autodestruye. La literatura de todos los tiempos compara esos sentimientos con escorpiones que envenenan, con tigres que hieren, con víboras que pueden causar la muerte. con gusanos, solo en apariencia mansos y pacientes, pero que en realidad brotan donde hay podredumbre.

El novelista Víctor Hugo, en su obra Burj Jargal, cuenta que el enano Habibrah tenía un gran rencor con Leopoldo de Auverney. Un día el enano cayó a un precipicio, pero se agarró de una rama y a gritos pedía auxilio. Leopoldo le vio y se movió a compasión. Haciendo, pues, un gran esfuerzo le tendió la mano para ayudarlo a salvarse, pero cuando el enano vio la mano de su enemigo, asiéndose a ella, la mordió con fuerza. Leopoldo la sacudió por el dolor, y Habibrah, desprendiéndose, fue a caer al abismo.

De modo que el gran derrotado fue el vengativo.

### ***DOBLE VICTORIA***

Podríamos decir que, como en el poema aludido todo el que perdona obtiene el galardón, pues resulta siempre victorioso sobre el ofensor y sobre sí mismo.

El ofensor es el primer derrotado, pues su ataque resulta inútil: quería ultrajar y herir, más no pudo lograrlo. La sabiduría popular así lo enseña y cita con frecuencia las palabras que, según San Lucas, dijo

Jesús a Saulo, y que debían ser un refrán del siglo I: "Dura cosa es para ti dar cosas contra el aguijón" (Hech 9, 5). Es lo mismo que enseña San Basilio: "¿Puede haber otra cosa que hiera más al enemigo que ver a su adversario superior a todas las afrentas e insultos? No te rebajes ni consentas que quede abierta al que te injuria ninguna puerta para que llegue a tí. Déjale que ladre inútilmente y que reviente él solo" (Hom. 10, de Div).

Ya San Pablo nos había invitado, citando el libro de los Proverbios, a dar de comer y de beber al enemigo hasta que, como traduce una versión popular de la Biblia, le arda la cara de vergüenza por lo que ha hecho. (Rm. 12, 20).

Hacer el bien a quien nos ha hecho mal es actuar como el incienso que embalsama las mismas brasas que lo consumen, o como los árboles aromáticos que dan su perfume al hacha que los va talando.

El ofendido que perdona resulta victorioso sobre su amor propio, sobre su orgullo y sus anhelos de venganza. Limpia su huerto de malezas y siembra amor. Por eso podrá cosechar la felicidad ofrecida a los mansos de corazón y con ella la paz.

Dicen que la cólera es como un corcel. Quien perdona se desmonta de esa incómoda cabalgadura y transita con alegría por el camino de la paz. Obrar así es vencer, porque es inclinarse libremente y no ser derribado por el odio, pues quien no quiere abajarse por amor, ya está caído. El que no perdona a sí mismo se daña.

### *Orar y vencer*

En el libro "El Refugio Secreto" de Corrie Ten Boom, la autora, que había estado prisionera en un campo de concentración, cuenta cómo al terminar la guerra se dedicó a predicar la reconciliación y dice que al terminar una de sus conferencias encontró a uno de sus antiguos carceleros. Transcribimos aquí su relato:

"Fue en un culto en una iglesia de Munich, donde vi al exsoldado de las fuerzas especializadas alemanas, que habían montado guardia en la sala de baños en Ravensbruck.

En realidad era el primero de mis carceleros que había visto desde entonces y, de repente, el pasado acudió a mi memoria: la sala repleta de hombres que se burlaban y reían, los montones de ropa, el rostro de Betsie, pálido de dolor. Aquel ex soldado se acercó a mí cuando ya quedaba poca gente en la iglesia, con el rostro radiante y haciendo una inclinación me dijo:

"Cómo le agradezco su mensaje, señorita. Pensar que, como ustedes dicen, El ha lavado mis pecados". Extendió su mano para estrechar la mía y yo, que tantas veces les había predicado a los residentes en Bloemendal la necesidad del perdón, me rehusé a darle la mano. Pero en aquel mismo instante en que los pensamientos de venganza y de ira bullían en mi corazón, me di cuenta que eran pecado. El Señor Jesucristo había muerto por este hombre; ¿iba yo a pedir más? "Señor Jesús, dije orando, perdóname y ayúdame a perdonarle".

Procuré esbozar una sonrisa, luché por extenderle la mano, pero no podía. No sentía nada, ni la más insignificante chispa de solidaridad o de piedad. De nuevo pronuncié en silencio una oración: Señor Jesús, no puedo perdonarle. Dame tu perdón".

Entonces le estreché la mano. Al hacerlo ocurrió lo más increíble. Desde el hombro, a través del brazo y por la mano parecía pasar una corriente de mí a él, mientras que en mi corazón nacía para este extraño un amor que me sobrecogía. Así descubrí que no es de nuestro perdón ni tampoco de nuestra bondad de lo que depende la salud del mundo, sino del perdón y la bondad de Dios. Cuando El nos dice que amemos a nuestros enemigos, nos da, junto con el mandamiento, el amor mismo".

### *Carta a un ministro*

Dígote, como mejor acertare, sobre el negocio de tu alma, que las cosas que te impiden amar al Señor Dios y cualquier estorbo que te pongan los frailes u otras personas, aunque te azotasen, debes considerarlo todo como una gracia Y así has de quererlo y no de otra manera. Y seate esto como una verdadera obediencia. Y ama a los que te hacen estas cosas y nada recabes de ellos, sino lo que el Señor te diere; y en esto les darás pruebas de amor, en querer que sean mejores cristianos. Y esto será para ti mejor que vivir en

un eremitorio. Y en esto quiero conocer si amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieres esto, a saber: que no haya en el mundo frayle, el cual pecare cuanto haya podido pecar, que, después que vea tus ojos, se aparte jamás sin tu misericordia, si la hubiere pedido, y si no te la pidiere, ruégale tu que te la pida. Y si mil veces volviere a comparecer en tu presencia, ámale más que a mí, para que le traigas al Señor, y ten siempre compasión de los tales

San Francisco de Asís  
Carta IV

Un anciano dijo: Si alguien guarda el recuerdo del hermano que lo afligió, hirió o insultó, debe acordarse de él como de un médico enviado por Cristo y considerarlo su bienhechor. Porque si sufres es porque tu alma está enferma. Si no lo estuviera, no sufrirías. Da, pues, gracias a ese hermano porque por medio de él conoces tu enfermedad, ora por él y recibe por medio de él los remedios que Dios te envía. Si al contrario, te disgustas con él, es como si dijese a Jesús: no quiero tus remedios, prefiero que la gangrena se apodere de mis heridas.

El cauterio de Jesús es aquel que al insultarte o perjudicarte te libre de la vanagloria. ¿Quién le obtuvo a San Esteban gloria semejante a la que adquirió, gracias a los que le lapidaron?

Realiza la buena acción del perdón recíproco, desde el alba hasta el anochecer, sin interrupción, siempre, gustosamente, de inmediato y con corazón libre; esto supera la suplicante expectativa de los hombres.

Gregorio de Narek

Cuando vas a presentarse al Señor, que la túnica de tu alma esté plenamente tejida con el hilo de la ausencia de rencor. En caso contrario no sacarás provecho de tu acción.

Juan Clímaco